

Bell hooks y Stuart Hall, *Funk sin límites. Un diálogo reflexivo*, Barcelona, Edicions Bellatera, 2020, 138 pp.

Durante el caluroso verano de 1995 bell hooks y Stuart Hall se vieron para charlar en lo que Hall ha resumido como un diálogo sobre “vida, amor, muerte y sexo”. La transcripción de esa conversación fue publicada en su lengua original por la editorial Routledge en 2017 y en enero Edicions Bellaterra hacía posible disfrutar de este coloquio en nuestro idioma gracias a la traducción de Javier Sáez del Álamo de *Funk sin límites: un diálogo reflexivo*. El encuentro que nos ocupa supone una forma tanto inusual como atractiva de poner en valor la conversación como un hábito de activación política. Las reflexiones en torno a la raza, el género, la cultura y la clase serán los ejes sobre los que pivotarán sus conversaciones, del mismo modo que han centrado sus trayectorias académicas.

La edición cuenta con dos prefacios, el primero de la mano de Paul Gilroy y el segundo de la propia bell hooks, quien escribe a modo de recuerdo póstumo de Stuart Hall. Gilroy señala con precisión el estado de ánimo que recorre la conversación: “nuestros conversadores se encuentran entre los escombros de derrotas pasadas” (p. 13). E insiste sobre la fuerte presencia a lo largo de toda la conversación de la influencia de Frantz Fanon en el diálogo así como la referencia a destacados eventos históricos como el Desfile del Millón de Hombres de la Nación del Islam para la discusión. Su prefacio aproxima al lector a las circunstancias políticas y sociales en las que se produce el encuentro, cuando según Gilroy, lo personal todavía podía ser político. En este sentido, los elementos testimoniales se convierten en el hilo conductor del encuentro. La conversación permite a los dos pensadores partir de lo subjetivo para posteriormente extraer el significado político de sus experiencias de una forma más compleja y profunda. Y es precisamente en ese ir y venir de referencias donde hooks insiste en la necesidad de hablar de juego cuando se trata de conversar.

Las intersecciones entre raza y feminismo centran gran parte de la conversación entre estos dos intelectuales. Sin embargo, hooks y Hall destacan que en el mundo académico esto no siempre fue así. Tanto Hall en su experiencia en el *Center for Contemporary Cultural Studies*, como hooks, mencionan cómo sus experiencias estuvieron marcadas durante los 60 y 70 por cierta resistencia a incluir la raza como un elemento a tener en cuenta en los distintos planteamientos realizados en

las teorías feministas. Aunque en el momento en el que se produce la conversación –1995– la raza ya se había asumido como una de las categorías fundamentales de análisis social. Siendo así, hooks alerta de los peligros de asumir que la categoría raza sea la que impere en la interpretación de la realidad. De este modo reconoce que “siempre ha sido un problema, sentir que la especificidad de la raza lo determina todo” (p. 123). Ambos igualmente reflexionan sobre las diferencias entre cómo se ha abordado la problemática desde Estados Unidos y desde Inglaterra respectivamente. De la misma forma señalan cómo la experiencia individual se ha pasado por alto como parte fundamental para comprender los posicionamientos políticos. La raza se convierte para hooks en un “vínculo familiar simbólico” (p. 35). Proponiendo la existencia de un cierto esencialismo negro del que resulta muy difícil escapar. Precisamente ya en 1981 hooks en su primer libro: *Ain't I a woman: black women and feminism* había iniciado el esfuerzo de construir una dialéctica de la opresión de las mujeres negras. Por ello, no es de sorprender que hooks insista a Hall en el impacto que los *mass media* poseen en la creación de estereotipos raciales perpetuando, según ella, la supremacía blanca. Bajo esta perspectiva, recogiendo las reflexiones de Hall sobre hegemonía cultural, hooks pone de relieve la necesidad de incluir lo popular a la hora de abordar la negritud, más si cabe, en un momento en el que la cultura burguesa negra trataba de monopolizar el discurso sobre la libertad.

Para ambos autores, la cuestión no es solo superar un esencialismo que opera meramente en el plano audiovisual sino que también se encuentra en el imaginario de las figuras representativas de la cultura negra. Stuart Hall plantea el hecho de que “hay una suposición general en la cultura de que los intelectuales negros deben estar formados por cosas negras y solo abordar cuestiones negra” (p. 55). Una visión esencialista también de la política que reduciría el discurso a un solo factor: la raza. Esta limitación esencialista es fácilmente reconocida en la vida intelectual de nuestros dos protagonistas quienes, reiteradamente, afirman haberse topado con estos planteamientos. Ante esta visión, Hall recupera la metáfora de la diáspora como una situación que obliga a la conversación, una posición que, para el sociólogo, ha favorecido el reconocimiento de una clase intelectual

negra, que ha tenido que construirse desde el reconocimiento, desde el afuera. Y, una vez que se establece ese reconocimiento, ha de dotarlo de extensión, es decir, concederle significado político. Lo que para Hall será el objetivo de la política: una ampliación multidimensional a los factores sociológicos. Respecto a este tema resulta interesante la valoración que ambos teóricos realizan sobre las figuras representativas del movimiento negro que más notoriedad pública han tenido. Dichos liderazgos obedecen a personalidades fuertes, que coincidiría con la valoración conceptual propia de lo que debe ser según el esquema patriarcal. Mientras tanto otras figuras como Audre Lorde o Lorraine Hansberry habrían pasado totalmente desapercibidas ya que en palabras de Hall “no tenemos relatos de la politización de las mujeres que tengan en cuenta esas historias complejas y, en consecuencia, se pierden ideas pioneras de gran parte del trabajo de las mujeres” (p. 54).

Otro de los ejes que vertebran la conversación es la familia. El hogar es aquí entendido como un espacio de seguridad al que poder volver. Sin embargo, no está exento de tensiones y contradicciones. También puede convertirse en un espacio de expulsión, ya sea por cuestiones raciales o de género. Nuestros conversadores recogen sus vivencias para destacar cómo en el caso de Hall fue la raza lo que acabó expulsándole de Jamaica y cómo en el caso de hooks fue el feminismo lo que la impulsó a dejar su Hopkinsville natal hacia Stanford. Una experiencia dolorosa para ambos, hasta el punto en el que Hall comenta que “siento un cordón umbilical con el espacio de la casa y, sin embargo, no podría ir a casa de ninguna manera” (p. 39). En consecuencia, para el sociólogo jamaicano, la noción de raza es una estructura pública y a su vez, se revela como una experiencia psíquica y personal. Ambos coinciden en señalar la dificultad de incorporar la perspectiva de género en los discursos que parten de la negritud. Para Hall, no asumir la perspectiva feminista “es una especie de compensación por todo lo que se experimenta en la opresión y subordinación de raza” (p. 40). Pero si la noción de hogar implica una vuelta a un pasado, donde el patriarcado es el encargado de establecer roles y distribuciones de trabajo, la familia se convierte de forma necesaria en una institución encargada de ejercer represión. Para las comunidades negras, la familia es, en palabras de Hall, “el primer refugio y el último” (p. 42). Un amparo, que según el sociólogo, se crea ante la imposibilidad de haber podido pertenecer a otras estructuras civiles. Respecto a esta idea, hooks insiste en que es posible y

necesario imaginar otras formas de familia, que por otro lado, siempre han existido pero no han gozado de popularidad porque quienes las ejercían, lo hacían desde los márgenes del sistema patriarcal. El problema para hooks no es tanto la familia como institución sino el paradigma heterosexista que impera en ella.

Asimismo, nuestros conversadores dialogan también sobre la homosexualidad negra y cómo se construye de forma diferente a la blanca. Para casi al final del texto, retomar el tema del hogar e intentar asumir el reto de definirlo. Para Hall, finalmente, el hogar es el espacio del amor mientras que para hooks es el espacio del reconocimiento. Sin un acuerdo aparente sobre la noción en sí, hooks se pregunta, e interpela con ello al mismo tiempo al lector, si no habrá en esta forma diferente de entender el hogar, alguna diferencia basada en el género. Dejan alejarse así la certeza de llegar a un espacio común, a una convicción compartida para dejar entrever que ese disenso es la naturaleza misma del pensamiento.

*Funk sin límites* es sin lugar a dudas un libro estimulante, donde sus autores se desafían a través del diálogo mientras consiguen, a su vez, que el lector se vea invitado a recoger sus dudas y planteamientos inacabados. El diálogo abraza lo fragmentario. Es interrupción e intercambio. Precisamente por ello es una tarea ardua condensar los muchos temas abordados en este encuentro entre hooks y Hall. La muerte, la salud mental, la escritura, el deseo, el amor o la masculinidad son también otras de las ideas que atraviesan sus reflexiones. El tándem hooks y Hall genera una alquimia discursiva que pone de manifiesto cómo la conversación es en sí misma una herramienta pedagógica y política. Así, hooks afirmará que “la conversación es un lugar de aprendizaje” (p. 21). De esta forma en *Funk sin límites* el diálogo opera como un dispositivo que favorece el pensamiento crítico, a través del juego de la conversación, para a su vez reformularlo asumiendo su contingencia y sus posibles fracturas. Donde no hay acuerdo, se hace del desencuentro virtud. Lo que Hall resume cuando afirma que “el objetivo de la conversación no es vernos limitados por lo que nos separa, sino encontrar dónde pueden estar esos puntos y esas suposiciones” (p. 118). En síntesis, sus palabras, consiguen lo que el buen funk: poner el cuerpo y fusionar la complejidad de temas que atraviesan la existencia humana en un sentido completo y profundamente radical sin perder el ritmo ni el humor.

Irene Pardo Contreras